



UN MUNDO SIN ANÁLISIS o La opinión mimetizada

Hernán Toro (herntoro@univalle.edu.co)

Profesor Titular, Director del Grupo de Investigación en Periodismo e Información, clasificado en la categoría A por Colciencias.

Escuela de Comunicación Social, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

RESUMEN: Este texto discute la legitimidad de los artículos llamados «analíticos» de las revistas informativas y propone, al contrario, que sean caracterizados como de opinión. La incidencia de lo ideológico justificaría este desplazamiento conceptual. El autor explora las posibles relaciones entre las nuevas sensibilidades sociales que se expresan a través de las nuevas tecnologías con la tendencia a hacer desaparecer el análisis en provecho de la opinión, y cuyo punto de horizonte parece ser el de un mundo desprovisto de análisis: un mundo sin análisis.

PALABRAS CLAVE: Discursos informativos, Opinión, Análisis informativo, Revistas informativas.



Los textos prototípicos de las «revistas informativas» (cuyos casos paradigmáticos en Colombia son *Semana y Cambio*), llamados «artículos analíticos»¹, mistifican su identidad al querer hacer pasar como «analítico» lo que, por lo general, no es más que una «opinión». Pero un análisis no es una opinión; ni la simétrica. El análisis debe distinguirse por su carácter demostrativo, independientemente entonces de la voz que lo profiera, mientras que la opinión es la percepción ideológica que un individuo tiene en torno a un hecho determinado; es decir un punto de vista. Como lo sugiere la misma expresión, el punto de vista depende del lugar desde donde un

observador observa los fenómenos sociales, y la ubicación singular y única del que mira determina que la vista nunca sea igual comparada con las «vistas» de dos o más personas. Y aunque este punto de vista sostiene relaciones con la realidad (habla de la realidad, alude a ella), la transfigura al retener de ella no lo que objetivamente sea, pues está en la incapacidad de ser totalizador -nadie mira holísticamente—, sino lo que le dicta el lugar desde donde mira. El escritor argentino Jorge Luis Borges dice en uno de sus cuentos: «El perro de las tres y catorce visto de perfil no es el mismo perro visto de frente a las tres y quince»; el perro de perfil no es el mismo perro de frente; el perro de las tres y catorce no es el mismo de las tres y quince. Cómo decirlo: sí, es el mismo perro pues conserva su esencia kantiana de «perro», pero cuando se ve de perfil o de frente, y a las tres y catorce o a las tres y quince, ese perro deja de ser el mismo pues se ha transformado, ya no sólo porque él cambia, por más ínfima que sea la modificación dado el lapso de tiempo tan breve, sino, además, porque varía el punto espacial desde donde es mirado y también el punto temporal por donde atraviesa: en pocas palabras, porque también ha cambiado el punto de vista. Y, sin embargo, en todos los casos se habla de esa realidad que hemos convenido en llamar «perro». Cuando Virilio diferencia el cine del teatro (cf. Paul Virilio, 1993), no hace más que apoyarse en esta concepción sobre el punto de vista; en el cine, el punto de vista de todos los espectadores es el de la cámara²; no existe sino un punto de vista, por más que haya un número plural de espectadores. En el teatro, en cambio, el punto de vista es singular, el de cada espectador según el sitio desde donde observa la representación de la obra: hay tantos puntos de vista como espectadores en la sala, y la persona que se encuentra en palco de primera no ve la misma obra que el que está sentado en *gallinero*³. Es la misma razón por la cual Paul Virilio afirma que «...hay tantas *Madames Bovary* como lectores de la novela de Flaubert...» (Paul Virilio, 1991 : 37), aunque, por supuesto, aquí se trata de un punto de vista mental. El análisis, en cambio, y a diferencia de la opinión (es decir, del punto de vista, que es arbitrario y subjetivo), exige una congruencia entre el discurso y la realidad. Es el principio mismo de la demostración: todo lo que se afirme a propósito de una determinada realidad debe ser susceptible de verificación a través de

la confrontación irrefutable con los hechos mismos, debe ser sometible a la prueba de verdad o falsedad, debe ser sostenido de manera argumentada. El análisis no admite la opinión, ni el sesgo de la subjetividad, ni la idea que cada cual pueda tener caprichosamente de la realidad a la cual hace referencia, según reza la ingenua idea de que «hay tantas verdades como personas» -lo que no sólo es una ingenuidad sino, ante todo, una estupidez—. En otras palabras, el análisis no acepta, porque le es incompatible por definición, el punto de vista. Y el punto de vista, por ser una opinión, es entonces ideológico. La ideología, como lo dice Estanislao Zuleta, «se funda siempre en las tradiciones, en los modos de vida, en una autoridad de cualquier tipo que sea, y deja de lado la demostración como fundamento de su validez» (Estanislao Zuleta, 1994 : 169). Hay que subrayar de la frase anterior el desprecio por la demostración, lo que priva a la ideología, siguiendo a este autor, de cualquier pretensión analítica ya que el análisis, para legitimar su condición, exige ser demostrado. De alguna manera, el análisis se sostiene por sí mismo, más allá de su autor, y en su confrontación con la realidad de la cual se deriva debe haber una congruencia. El desfase, la distancia, la separación entre ambos (el discurso y la realidad) sólo pondrían de presente la diferencia radical entre la palabra y los hechos, y la deslegitimación del (supuesto análisis) agenciado por el discurso. No se trata de una diferencia relativa a su naturaleza puesto que, como dice Jorge Luis Borges, «la realidad no es verbal» (Jorge Luis Borges, 1960:61)⁴, y en tal sentido la diferencia es inexorable, sino a la significación a la que separadamente remiten el lenguaje y la realidad. Todo análisis, por materializarse a través de la palabra, es de condición estrictamente diferente a la de la realidad sobre la cual él se erige; sin embargo, el mundo de la significación a la que cada uno de esos dos aspectos remite debe ser coincidente. Esta coincidencia es el equivalente de la verdad: las palabras y los hechos calzan congruentemente.

Por lo demás, el análisis, que su misma naturaleza le hace asimilable a la crítica, es casi imposible en los tiempos actuales regidos por el predominio de las nuevas tecnologías, como se infiere de la siguiente citación de Paul Virilio: «Si el régimen temporal de las actualidades (las informaciones) Fox Movietone o Pathé-Journal⁵ era el *tiempo diferido*, análogo al de la prensa de opinión, con la liberación de los medios, la llegada de redes como CNN, el tiempo dominante es el *tiempo real*. Una duración práctica que no permite

ninguna mirada retrospectiva, ninguna distancia crítica, lapso de tiempo que ya no distingue el *antes del después...*» (Paul Virilio, 1991: 41). El tiempo real, es decir, el tiempo en línea, el omnipresente presente, no admite «ninguna distancia crítica». Ya volveremos sobre este asunto hacia el final de este artículo.

Las observaciones hechas hasta el momento en este texto quizás autorizan a tender un vínculo de afiliación entre el análisis y el conocimiento (ante todo por su carácter demostrativo, que ambos comparten), y a reconocer una separación radical entre éste y la opinión (ante todo porque el conocimiento admite la demostración poniendo a prueba sus hipótesis contra la realidad, mientras que la opinión se demuestra ante sí misma: su lógica es interna). Para Gaston Bachelard, la opinión es (citado in Kunzmann et al., 1999 : 233) un «obstáculo epistemológico», es decir, «trabas y resistencias internas al acto mismo de conocer». «Es en el acto mismo de conocer, íntimamente, donde aparecen por una suerte de necesidad funcional, lentitudes y tropiezos. (...) Es allí donde percibiremos causas de inercia que llamaremos obstáculos epistemológicos»⁶. Para Bachelard, pues, conocimiento y opinión son dos mundos excluyentes.



Para relacionar estos acercamientos conceptuales con el mundo factual, digamos que los discursos de las revistas *Semana* y *Cambio* se expresan a través de seis modalidades de escritura propias de la tradición informativa tal como ella se forjó desde los orígenes del periodismo o adoptó en su evolución: la noticia, la entrevista, el reportaje, la crónica, el artículo analítico y la columna de opinión⁷. Se trata de una clasificación discutible. Nadie puede afirmar de manera categórica, en efecto, dónde, por ejemplo, nace la crónica y termina el reportaje, o qué tanto de reportaje hay en una entrevista que no se limite a la sola enunciación de preguntas y respuestas, es decir, a un interrogatorio⁸, o cuál es la participación de la entrevista en un reportaje; acaso la noticia y la columna de opinión puedan ser objeto de una diferenciación más o menos nítida con respecto a los otros géneros mencionados, dado el carácter escueto y la aparente referencialidad de la primera y la primacía de la subjetividad en la segunda. Pero aún así, los bordes de estos conceptos, en la realidad empírica de los discursos, se interpenetran y se traslapan. Esas categorías son, en rigor, abstracciones metodológicas para favorecer el análisis formal de géneros, pero aceptadas como existencias separadas y autónomas en la evidencia de los discursos reflejan una sumisión mecánica.

En verdad, en esa realidad empírica se encuentran textos híbridos y mestizos, de los que, en consecuencia, está excluida la pureza, y en los que, por lo tanto, no puede hacerse una intervención que separe quirúrgicamente las distintas dimensiones genéricas que en ellos se entremezclan. Esta imposibilidad probablemente provenga de que la hibridación se constituye por sí misma en una realidad ontológicamente aparte, un objeto estrictamente nuevo. El gran escritor iraní Sadeq Hedayat dice: «Amor y odio formaban un todo» (Hedayat, 2003). Estamos aquí ante términos falsamente antinómicos pues más que darse entre ellos una contradicción insalvable y mutuamente destructiva, que es lo propio de la antinomia, en realidad los une la necesidad de complemento: el amor sin el odio no existe, y viceversa. «Unidad de los contrarios», en la filosofía marxista. Hedayat tiene razón: «Amor y odio formaban un todo», en el que es imposible discernir el uno y el otro originales.

Lo que es posible constatar en la lectura de las revistas de información *Semana* y *Cambio* es la asunción de modelos de representación mediática que rebasan de lejos las formas canónicas de la información de las que hemos hablado antes. No se trata de textos inscritos en esa vertiente que podríamos llamar «comercial», ellos sí claramente diferenciados de los formatos informativos clásicos, constituidos por avisos publicitarios o por publi-reportajes, cuya identidad, sobre todo la de estos últimos, no siempre se encuentra claramente delimitada y cuya incidencia en los otros textos informativos parecería inocua⁹. Al hablar de estas formas clásicas desertadas de estas revistas estamos haciendo referencia, por ejemplo, a la noticia, entendida, según los tratadistas a cuya familia pertenece el autor mencionado en el pie de página 6, como la referencia antiséptica de acontecimientos; se encuentran, sí, algunos artículos abiertamente de opinión; a veces entrevistas. En fin. Los textos que mayoritariamente se publican en estas revistas son artículos que quieren pasar por ser analíticos pero que, vistos con rigor, son en verdad artículos de opinión. No tampoco a la manera de las llamadas «columnas de opinión», en las que sus autores asumen de manera inequívoca su subjetividad, sino bajo formas trastocadas y maquilladas en función de la búsqueda de un efecto: el llamado «efecto de objetividad». Por medio de estrategias discursivas, en efecto, de la superficie textual se trata de hacer desaparecer las marcas que revelen los rasgos subjetivos del autor (o del equipo de producción) por intermedio de la erradicación de la primera persona y el consecuente uso intensivo de la tercera, el énfasis en las declaraciones de fuentes y testigos, la integración de datos cuantificables, la reproducción de fotografías

testimoniales; sin embargo, la presión de la subjetividad se deja sentir, igualmente sobre la superficie del texto y no obstante los señalados esfuerzos por borrar las marcas de la subjetividad, por la aparición de adjetivos y adverbios, la emisión de juicios evaluativos y la organización estructural del discurso. Este (en verdad nuevo) formato se basa en la «comunicación» de los acontecimientos regida por los recursos canónicos de la narración tal como ésta ha sido construida y legada por la literatura. Estos textos no son reportajes, en los que se justificaría el uso de recursos provenientes de la literatura (toda la historia de este género lo explicaría sin problema¹⁰), sino de artículos pretendidamente analíticos, cuya naturaleza impediría entonces a sus autores el uso de una perspectiva subjetiva. Aunque, es bueno decirlo, el valor adquirido por el reportaje en las primeras décadas del siglo XX era ya un anuncio precursor de los procesos de *narrativización*¹¹ de las informaciones.

En efecto, estos nuevos relatos periodísticos utilizan las grandes categorías de la narración (narrador, acciones, personajes, estructura temporal, espacialidad). El asunto no es nuevo. Schuden, por ejemplo, (Schuden, in Neveu, 2004 : 17), dice que «Pulitzer compra en 1883 el *New York World* donde va a promover lo que Schudson designa como el registro *Story*, la *narrativización* de la información. Se trata de valorizar una información local, práctica, la cobertura de los escándalos y de los acontecimientos sensacionales, y darle formalmente la velocidad y el poder de reconstrucción de lo real de un relato realista». No es nuevo, desde luego, pero al mismo tiempo parece insoslayable: «El trabajo periodístico reposa fundamentalmente en dos operaciones consecutivas (Gans, 1980): la selección entre el flujo de los hechos de aquellos que van a ser constituidos en acontecimientos, y la puesta en forma narrativa, la formulación en «historias» de los acontecimientos seleccionados» (Érik Neveu, 2004 : 63). En cuanto a la integración de los personajes, habría que decir que casi todas las informaciones pasan por la historia acontecida a algunos de ellos; atención: no a personas, que es una categoría de la vida social, sino a personajes, categoría de los discursos (y de la historia que cuentan). Neveu llama a esta característica de la información «periodismo etnográfico» y argumenta que podría ser circunscrito por cuatro marcas: «Se trata, en primer lugar, de un periodismo de reportaje. Se fija en la evocación de personas ‘ordinarias’: camionero en huelga, maestro confrontado a su

primer curso, elector popular del Frente nacional. Utiliza voluntariamente procedimientos de citación, de técnicas de escenarización de trozos de vida. Por último, funciona invirtiendo los modos de cubrimiento ordinario de la actualidad yendo del punto de vista de los que toman las decisiones al de los efectos de sus decisiones» (Érik Neveu, 2004, 101-102). La separata de *The New York Times* que acompaña semanalmente al periódico *El Tiempo* trae en su edición del 10 de octubre de 2004 un buen ejemplo: el artículo titulado *Competencia de camboyanos discapacitados es un triunfo* se inicia así:

«Para Nhork Kimhor, el camino a Atenas empezó con un sonido que recuerda como «¡Pung!». Estaba parado en medio de un campo minado, pero con la estupefacción que a veces acompaña a una conmoción, pensó que alguien le disparaba. «Empecé a arrodillarme y pensé, ‘¿qué me pasó? ¡He perdido mi pierna!’». Y luego pensó, «debería estar muerto». En lugar de ello, Nhork Kimhor, de 25 años, es uno de los corredores camboyanos que compitieron en las Paraolimpiadas que concluyeron en Atenas el 29 de septiembre, el equivalente de los Juegos Olímpicos para atletas discapacitados. Compitió en la carrera de 200 metros para atletas con amputaciones debajo de la rodilla; terminó en el último lugar de los seis en su eliminatoria. También compite en los 100 metros».

El caso de este atleta sirve entonces para abordar el tema central insinuado en el título del artículo no a través de un desarrollo en abstracto sino de una ocurrencia singular personalizada. Pues los personajes son entidades particulares alrededor de las cuales se cristalizan elementos de orden general: atrapan y condensan fragmentos de significación errantes en el espacio de lo social (en su pequeña escala, dicen mucho - tendencialmente todo—, son representativos de situaciones de orden genérico, disponen de una gran fuerza significante) y son la personificación (la encarnación) de circunstancias que, de otra manera, quedarían flotando en la indefinición de lo abstracto. De cierta forma, los personajes contienen a dosis equilibradas un carácter simbólico (de una situación dada) y un rasgo concreto (en donde anclan en lo humano los asuntos simbolizados). Son aglutinantes.

La evocación de las personas comprometidas en un acontecimiento, integrada a una estructura narrativa, convierte a las personas en personajes, es decir, en agentes activos del relato. Su

existencia es la del relato y no la de la realidad de donde provienen. Ahora bien, como lo hemos dicho, estos personajes aparecen como símbolos representativos de una situación determinada. Así, por ejemplo, el informe (hipotético) del incendio de unas casas de una barriada popular se narrará desde la perspectiva de una de las víctimas de la tragedia (dónde se encontraba, qué pérdidas tuvo, qué ayudas espera, etc.) y no desde el acontecimiento mismo. Lo acontecido a la persona pasa a ser una especie de síntesis y de símbolo del incendio, y éste se vuelve legible a través de lo ocurrido a la persona. El personaje consultado simboliza el incendio. Ahora bien, esta simbolización cumple simultáneamente con la función de personalizar la situación, de tal manera que, por una parte, se «humaniza» el hecho crudo y, por otra, la voz del personaje reduce la multiplicidad de las visiones y condensa en ella todas las voces posibles, al menos las que emanan, en este ejemplo supuesto, del campo de las víctimas. Otras voces, pertenecientes a otros estatus (por ejemplo, el de las autoridades), aparecerán a su turno representadas por otros personajes (bomberos, alcalde, etc.) con el fin de dar la impresión de presentar exhaustivamente la diversidad de dimensiones que confluyen en el hecho referido. Esta personalización no podría ser, no obstante, tan singular como para que el personaje abandone su condición general pues es ésta la que permite la identificación de los lectores con él: su voz debe tender a ser como la voz de todos, la voz en la que cada cual (o al menos la más grande mayoría) se reconozca.

Ahora bien, la inexorable precipitación de las revistas y de los periódicos (tradicionales de papel) hacia los territorios impalpables del mundo digital deja entrever que tras la irrupción de esos nuevos soportes hay, antes, formas de escritura nuevas y, después, maneras de lectura distintas, con lo que estaríamos no sólo frente a la evidencia de nuevas formas de producción y de consumo de las informaciones, sino también -y es quizás la dimensión que hace el fenómeno de mucho más interés- frente a nuevas sensibilidades que intentan descifrar, a su (nueva) manera, la realidad social. Habría que tratar de entender si estas nuevas formas productivas se relacionan con los nuevos formatos de *narrativización* que hemos venido interrogando. Históricamente, la aparición de nuevas formas de expresión humana ha sido consecuencia de una relación dialéctica (interdeterminada, inter y retroalimentada simultáneamente: en doble vía, entonces) entre ellas y las sensibilidades sociales. Si, por ejemplo, el cubismo en pintura se

convierte en una nueva forma de expresión de los artistas, sin duda en buena parte se debe a que las nuevas sensibilidades sociales de la época no lograban encontrar su expresión en las formas que le habían precedido. Hoy en día, inclusive si un pintor no es evidentemente cubista, su pintura, aunque no sea manifiesto, estará marcada por el fuego de hierro de ese movimiento: se ha integrado ya a las maneras de sentir corrientes, inclusive si ese mismo pintor ignora su participación en los dones de esa herencia. Ocurre lo mismo con el lenguaje: hoy nadie habla español como Alonso Quijano, por supuesto, aunque es indiscutible que, aunque no nos demos cuenta, en todos los que hablamos esa lengua hay algo, lejano y borroso pero muy vivo y ardiente, de la lengua de aquel magnífico loco manchego. De alguna manera, a través de la lengua, todos somos Alonso Quijano (idea que seguramente suscribiría con gusto Jorge Luis Borges). Pero al mismo tiempo ya no podremos ser jamás como él: nuestras sensibilidades nunca podrían ser como la suya. Tal es, dicho sea de paso, el aspecto más elocuente del cuento de Jorge Luis Borges *Pierre Ménard, autor de El Quijote*, en el que un hombre, Pierre Ménard, quiere escribir «*El Quijote...*», pero no aquél que comienza «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...», sino ese otro que comienza así: «En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...». Es una manera de decir que dos textos, aunque morfológicamente iguales, no significan lo mismo puesto que el uno fue escrito a comienzos del siglo dieciséis y el otro a mediados del siglo veinte: al variar las condiciones de su producción o de su consumo, su sentido no puede seguir siendo el mismo¹².

Los cambios en la escritura ligados a la evolución de la lengua no sólo se producen después de largos períodos. En el campo periodístico, por ejemplo (y en radios temporales más cortos), ha habido, según Neveu, una evolución de la escritura en ciclos comparativamente cortos. Apoyándose en otros autores, afirma que «se ha podido evidenciar en los periódicos americanos un declive del 'reportaje centrado en el acontecimiento' en provecho de una dimensión interpretativa: relatos más o menos numerosos, descripción creciente de los personajes por categorizaciones (nacionalidad, profesión) y no por razas, esfuerzo de contextualización que moviliza un número creciente de especializaciones periodísticas y reubica el acontecimiento en un contexto espacial y temporal más amplio» (Érik Neveu, 2004 : 76).

Es muy probable que las dimensiones claves de esta nueva sensibilidad social, matriz de nuevas escrituras, que encuentra su expresión en los medios digitales sean la velocidad, ligada a la instantaneidad, y la ubicuidad, ligada a la simultaneidad. Según Paul Virilio (cf. Paul Virilio, 1977, 1995, 1996)¹³, históricamente el control de las sociedades ha estado en manos de quienes han dominado la velocidad. Si ese dominio se ejercía inicialmente con la velocidad de los transportes, hoy en día es con el de la velocidad de la información. Las sociedades incapaces de dominar la velocidad de la luz, que es el alcance - y el tope- de la velocidad de la información, están condenadas a estar al servicio de aquéllas que sí lo hagan. La transmisión de las informaciones -siempre según Virilio- es en la actualidad la nueva mercancía, de mucho más valor (de uso y de cambio) que las mercancías tradicionales. Podría compararse la capacidad de incidencia de dos sociedades, una dedicada a la explotación de mercancías tradicionales (por ejemplo productos minerales o agrícolas, o, en extremo, adornos corporales como manillas de cuero y collares de hojalata) versus otra dedicada a la explotación de *software* y de *hardware*, para entender la dimensión de los cambios sociales advenidos con el control de la velocidad. Un indicio fuerte: las grandes fortunas planetarias se construyen hoy en día sobre la base de la explotación de todas las mercancías al servicio del proyecto de la transmisión de la información. En cuanto a la ubicuidad, según Virilio, ligada muy directamente al alcance de la velocidad de la luz, la capacidad tecnológica actual permite *estar* simultáneamente en varios lugares del mundo. Ese *estar* es, por supuesto, de un nuevo orden; no se trata de una presencia física sino de una presencia virtual, gracias a la cual nuestros sentidos están conectados ya (por el control de la velocidad absoluta) a cualquier acontecimiento (por la naturaleza ubicua de nuestros sentidos conectados).

Cada vez con mayor fuerza, la sociedad opera con instrumentos pertenecientes a las nuevas tecnologías, y los ciudadanos se van apropiando de sus usos en detrimento de herramientas y usos anteriores, por lo que la sensibilidad social que se va formando a lo largo de los años tiende a consolidarse cada vez más, hasta que, es de prever, esa tendencia habrá fagocitado la anterior. En los medios tradicionales actuales (los que todavía sobreviven a ese proceso de desplazamiento, y en cuya cara están escritos los índices inconfundibles de su muerte), esas dos

dimensiones existen, sí, pero en una escala balbuciente aunque ya agónica. No es que no se encuentren allí: la pretensión de traernos las «últimas informaciones» desde «cualquier lugar del mundo» (expresiones arcaicas, precursoras y embrionarias de la velocidad y de la ubicuidad) ha sido una característica distintiva de estos medios, y de su satisfacción (de todas formas discutible) se han ufano por décadas. De hecho, lo que han intentado los medios a lo largo de su evolución para crear y cimentar su prestigio es reducir el tiempo transcurrido entre el acontecimiento y su información (hasta el cero ideal: el directo), de una parte, y, de otra, ampliar el espectro de los acontecimientos referidos para que el lector se sienta más informado, aparentemente hasta la exhaustividad, lo más rápidamente posible. Pero en los medios digitales, la velocidad y la ubicuidad son totalitarias: hoy en día, es posible «estar» en cualquier lugar del mundo y conocer instantáneamente lo que allí ocurra. Por ello, estos medios nunca tienen ediciones definitivas sino en construcción permanente, en un presente continuo, movedizo y delirante que nunca cesa. Si el mundo es variable y móvil, el lenguaje que trate de atraparlo no puede ser extático. Sólo de manera ilusoria ese mundo puede ser fijado a través de soportes que lo (entonces falsamente) inmovilizarían. Ya no hay duración, en la medida en que todo es instantáneo (cf. Gaston Bachelard, 1992); ya no hay distancia, en la medida en que todos es alcanzable con las nuevas tecnologías. El instante *bachelardiano*, esa única medida del tiempo, encuentra aquí su expresión más acabada: el presente, el puro presente, el siempre presente, el omnipresente: «Focalizar, polarizar la atención de todo mundo es reorganizar progresivamente el régimen de temporalidad de las poblaciones, su distribución del tiempo, mucho más que su opinión. La imagen del directo es un filtro, no por el espacio, el marco de la pantalla, sino ante todo por su temporalidad: un filtro mono-crónico que no deja pasar sino el presente» (Paul Virilio, 1991:38) ¿Qué sentido tiene ir a «cubrir» los estragos del huracán *Katherine* si las nuevas tecnologías nos los «informan» hasta la molición de aire acondicionado de las oficinas de redacción de todos los diarios de las provincias del mundo, eliminando así la incómoda distancia y el aún más incómodo (y costoso, habría que agregar) desplazamiento? Basta la presencia de un teléfono celular en las manos de un turista abotagado por el sol, una modesta cámara de principiante en manos de una ingenua cajera de

supermercado para que el acontecimiento (abrupto, crudo, imprevisible) llegue sin plazos inútiles y exasperantes a todos los rincones del mundo. Los medios soportados en papel tienden entonces a producir crisis sociales en la medida en que hay un desfase entre su velocidad anacrónica y la velocidad con la que los hechos sociales deben ser reportados. La puesta al día de los medios no es entonces sólo una estrategia tecnológica a través de la cual mantienen su modernidad formal; es, sobre todo, la manera que tienen de no perder el contacto con sus públicos, modelados por nuevas percepciones y nuevas formas de consumo. Si los jóvenes se alejan cada vez más de lo impreso no se debe a una fascinación vacía y gratuita que de manera mágica les infundirían los medios digitales sino a la capacidad que éstos tienen de responder en el mismo registro de sensibilidad por los acontecimientos del mundo. Hablan, los jóvenes y los medios digitales, lenguajes que fluyen a una misma velocidad y en un mismo registro. Sus tiempos van de la mano.

Sí, no hay duda, la duración y la distancia en la producción y en el consumo de las informaciones se han contraído como consecuencia de la aplicación de las nuevas tecnologías (cf. Paul Virilio, 1977, 1995, 1996). La primera de ellas por la accesibilidad a la información en tiempo real, que elimina los procesos de transformación de los materiales de la realidad al dar «crudas» e inmediatas las versiones de los hechos: la duración de la información es la misma que la del hecho; la segunda, por la posibilidad tecnológica de acceder a cualquier lugar de la tierra donde se produzca un acontecimiento. No hay nada que no pueda ser divulgado en el mismo momento en que se produce, sin importar el lugar de su ocurrencia. Virilio lo explica por el alcance del tope de la velocidad de la luz pues, al no haber sobre la tierra distancia superior a 300.000 kilómetros, nada hay que no pueda ser conocido instantáneamente (o, al menos, ni siquiera un segundo más tarde —lo que es irrelevante en términos de duración—) puesto que, como es sabido, es ésa la distancia recorrida por la luz en un segundo¹⁴. Paul Virilio: «(Los astrofísicos), al introducir (...) un tercer tipo de intervalo de género 'luz' al lado de los otros dos de género 'espacio' y de género 'tiempo', provocan la aparición de una última concepción del tiempo, ya no únicamente el *tiempo de la sucesión* cronológica clásica sino el de un *tiempo de exposición* (cronoscópica) de la duración de los acontecimientos a la velocidad de la luz». (Paul

Virilio, 1995:14). Y más adelante: «Al tiempo *que pasa* de las más largas duraciones se agrega entonces hoy un tiempo *que se expone* instantáneamente: el de las más cortas duraciones del dominio del electromagnetismo y de la gravedad» (Paul Virilio, 1995:14). Todo tratamiento de información que implique una duración se traducirá cada vez más por la crisis de los medios que la agencien pues éstos la entregarán con atraso (es decir, desventajosamente) con respecto a los medios que acuden al directo, a los sistemas *on line*. La crisis creciente de los medios impresos, está claro, no es ajena al crecimiento de los medios digitales, cuya condición tecnológica permite a estos últimos, contrariamente a lo que ocurre con los primeros, la entrega de informaciones de forma simultánea a la ocurrencia del hecho referido. La radio y la televisión, no obstante una tecnología de cierta forma (y paradójicamente) lastrada por su propia herencia, reúnen condiciones para competir con los diarios digitales en la medida en que les es posible el directo. Si el control de la velocidad, como dice Virilio, determina en nuestro tiempo el control de la sociedad, es coherente inferir que el conocimiento de lo que en ésta acontezca favorecerá a aquellos que de manera más veloz produzcan, transfieran y se apropien de las informaciones. El predominio de las economías basadas en el conocimiento y ya no en la producción de materias primas (agrícolas, o minerales, por ejemplo), el lugar de primer orden en las economías mundiales de los sistemas financieros (pura circulación de datos) son una consecuencia directa del control que ejercen sobre la velocidad a través del control sobre las tecnologías que posibilitan la aplicación de esa velocidad. ¿Qué puede esperarse de una economía basada en la producción de café, o de banano, o de carbón, o inclusive de petróleo -recurso perecedero—, para no hablar de sociedades todavía en estado pastoril, frente a otra economía basada en la producción de conocimiento? No hay duda: las nuevas tecnologías son hoy en día el lubricante del motor de las sociedades modernas; las que carezcan de ellas estarán condenadas al rezago histórico, y, en últimas, a su desaparición. Las informaciones mediáticas están sometidas a la misma lógica: su competitividad (y ulteriormente su sobrevivencia) depende estrechamente de su velocidad. Los diarios tienen perdida esta batalla puesto que su capacidad de reacción temporal es demasiado lenta para enfrentar el directo (su arco temporal es de 24

horas: a siglos de la simultaneidad) y demasiado corto para fortalecerse por medio, por ejemplo, del análisis del acontecimiento, que es justamente la tabla de salvación de las revistas semanales informativas. Neveu hace un análisis interesante: «Los peligros de esta conversión de la velocidad en excelencia profesional autorizada por la tecnología se anuncian más considerables todavía en las salas de redacción de medios multimedias como las del *Chicago Tribune*. El principio se convierte aquí en lanzar la información desde que se obtiene en el canal más propicio a garantizar la *chiva* y la accesibilidad inmediata. Las horas de reflexión y de anticipación entre conferencia de redacción y cierre se evaporan, substituyendo los plazos ya ansiógenos de la información diaria por lo que un periodista describió como un ‘ciclón informacional’ permanente donde el imperativo de verificación de la información se vuelve una molestia» (Érik Neveu, 2004 : 99). Dicho de otra manera, si los diarios están destinados a la desaparición por su desventaja temporal (a no ser que se vuelvan medios *on line*), las revistas semanales, al contrario, no sólo podrán sobrevivir sino además fortalecerse al hacer de su temporalidad (semanal) una ventaja que se expresa en el análisis: el tiempo no se lo permite a los diarios, se lo facilita a los semanarios. El análisis, que no es posible en las modalidades del directo, al menos no de manera concienzuda, juega a favor de publicaciones que cuentan con tiempo suficiente para producir una información cualificada. Por supuesto, los dos tipos de información son radicalmente distintos puesto que la primera información es «cruda» mientras la segunda es «cocida», elaborada.

Pero los medios que no pueden sino practicar el directo están condenados a la descripción y expulsados del análisis; pero este acercamiento puramente descriptivo no puede entenderse como equivalente a la anulación de la opinión pues también en la descripción entran en juego dimensiones de la subjetividad - que es una de las características distintivas de la opinión-. El análisis exige distancia, reflexión, duración: nada de ello lo proporciona la información simultánea de la realidad. La aparente virtud de la diversidad no puede sin embargo ocultar el problema de la naturaleza de esta información múltiple: ella es, en su inmensa mayoría, intrascendente. Como lo dice Lamoure (Christophe Lamoure, 2006 : 59) en referencia a la televisión, «No es que la televisión no permita saber más cosas sobre el mundo actual sino que ella nos dota de un saber inútil, impotente, inconsistente, de un saber vacío. La razón reside en que este ‘saber’ está constituido exclusivamente de fragmentos aislados que no entran en ninguna perspectiva organizadora ni unificadora». Con la excusa del «divertimento», que es en verdad una estrategia tendiente a crear el olvido, los medios han trivializado la realidad multiplicando los datos inútiles socialmente. Como lo dice Lamoure en la cita anterior, los datos son fragmentos sin conexión, sueltos, caóticos, que no le permiten a quien los consume la posibilidad de formarse una percepción organizada de lo social. Sin embargo, la sensación de «llenura» conceptual es un efecto inevitable de la avalancha. Pero este es un efecto primero, ostensible, de primer plano. Hay otro efecto, esta vez secundario, quizás más importante en la estrategia discursiva aunque menos evidente, consistente en la función social que cumple este atiborramiento informativo. La clave para entenderla vendría dada en palabras del mismo Lamoure, quien, más adelante (Christophe Lamoure, 2006 : 61) afirma que «Así como hay un más-acá de la información que sería el atiborramiento incesante de acontecimientos, hay un más-allá de la información que sería el condicionamiento ideológico (que) consiste en confundir información y difusión de una ideología».

Así como la televisión dificulta el pensamiento (Christophe Lamoure : 2006 : 89) puesto que «el pensamiento pide tiempo» y «la televisión no tiene tiempo, o más bien el tiempo que ella encarna es un tiempo nervioso, hecho de rupturas, de instantes, de interrupciones», de la misma manera las revistas y los diarios



tienden cada vez más, con su miniaturización informativa y su fragmentación del universo referido, a disminuir el espacio dedicado al tratamiento de los problemas apoyados en la idea de que los tiempos lectores han cambiado ajustándose más, según ellos, a las realidades contemporáneas: lectores sin tiempo. De cierta manera es cierto que el tiempo, en las sociedades regidas por políticas neoliberales, como son las contemporáneas, tiende a ser absorbido por un sinnúmero de actividades diversas, de tal manera que el consagrado a la lectura, tal como ella se ha ejercido en los últimos siglos, es cada vez más corto; pero también es cierto que muchas de esas actividades substitutivas son improductivas y fútiles: se entregan protegidas por el valor social consagrado que se llama «entretenimiento». Lo que se quiere decir es que la carencia de tiempo no es forzosamente una consecuencia de una causa positiva o noble. Esta imagen de unos lectores sin tiempo encuentra su correspondencia, por ejemplo, en los periódicos gratuitos, diseñados para ser leídos en medios de transporte generalmente atofagados o en el curso de actividades inconstantes, y caracterizados por contener cortísimas informaciones, apenas para ser leídas en esos brevísimos momentos en que el tiempo del lector se ha dividido. De la misma

manera, reivindicando uno de los principios clásicos de los medios impresos, los artículos de los medios tradicionales tienden a concentrar el máximo de datos informativos en el titular, en los elementos paratitulares (sección, pretitular, bajada) y en su primer párrafo, dando por sentado que quien acceda a ese mínimo de información se ha hecho ya a una cierta idea, breve pero condensada, y en todo caso suficiente, de lo que luego será desarrollado en el resto del cuerpo del texto. Por supuesto, el pensamiento en tales condiciones de precariedad no es más que una ilusión.

La pérdida de calidad informativa es pues una consecuencia de la aplicación indiscriminada de las nuevas tecnologías, y con ella la pérdida de la capacidad ciudadana para comprender las fuerzas de la sociedad. Con una información así producida, los individuos se encuentran más a merced de manipulaciones y tergiversaciones puesto que carecen de instrumentos de comprensión de los acontecimientos sociales. Nadie se opone a la descripción, pero una información que sólo se limite a ese aspecto está empobrecida. Un mundo que sea meramente descrito -un mundo sin análisis- sería incomprensible.

Notas

¹ Por supuesto, toda revista es informativa, si tomamos este concepto en su sentido más general. Así, por ejemplo, publicaciones como *Cromos* o como *Gente* son también informativas (dan forma a una realidad); sin embargo, sus artículos no pretenden ser «analíticos»: son celebrativos, vehículos de una aproximación descriptiva de un cierto estilo de vida.

² Que, dicho sea de paso, es al mismo tiempo la visión vicaria del Director.

³ Uno de los efectos más evidentes de esta diferencia, y de su calidad, es el costo de los billetes de entrada para ambas localidades -efecto cuya evidencia pasa desapercibida gracias a su naturalización—.

⁴ En referencia a los sonetos de Francisco de Quevedo, Borges dice: «No diré que se trata de una transcripción de la realidad, porque la realidad no es verbal...» (Jorge Luis Borges, 1960 : 61).

⁵ Los «noticieros» que precedían a la exhibición de las películas a mediados del siglo pasado en Francia.

⁶ La cita de Gaston Bachelard es tomada por Kunzmann de *La formación del espíritu científico*.

⁷ El autor en español que más ha sistematizado estas taxonomías es Mariano Cebrián Herreros. Cf. Géneros informativos audiovisuales. Editorial Ciencia 3, Madrid, 1992. También cf. Información audiovisual: concepto, técnica, expresión y aplicaciones. Editorial Síntesis, Madrid, 1985.

⁸ El interrogatorio es también, curiosamente, la base de la «relación» entre policías y delincuentes, y, no se sabe si más o menos brutalmente, entre sacerdotes y creyentes durante la «confesión». Curiosamente de nuevo, la gente se confiesa ante un sacerdote, pero también ante un policía y ante un psicoanalista. Interrogar es, pues, lo propio de la policía, de los curas y de los psicoanalistas. (Lo básico de esta idea es original de un periodista francés cuyo nombre no estoy en capacidad de citar).

⁹ Esta es una interpretación que merecería ser repensada: ¿existen realmente dos mundos en estas revistas, el de lo comercial y el de lo informativo, radicalmente diferenciados? ¿No se tenderá entre ellos alguna pasarela que los interdetermine? De la misma manera, cabría preguntarse sobre la validez de la distinción canónica en que se amparan los medios al hablar de «páginas de opinión» y «páginas de información».

¹⁰ Remito a un lector eventualmente interesado a mi libro *El Reportaje: un género estallado*, Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2004.

¹¹ El término es evidentemente un neologismo (o un barbarismo) homologado de Érik Neveu.

¹² En un artículo aparecido en el periódico *El Espectador* (15 de agosto de 2008), titulado «¿Quién era Carlos Barral?», el escritor Juan Gabriel Vásquez cita la siguiente historia a propósito de Barral: «...a finales del franquismo, después de ciertas actividades subversivas, Barral pasó varias horas en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, y se negó a firmar su propia declaración porque el inspector que se la había tomado había modificado las palabras. «¿Pero no ha dicho usted esto?», preguntó el inspector. «No», dijo Barral, «lo que yo he dicho es esto», y repitió su frase. «Es exactamente lo mismo», le dijo el inspector, y Barral contestó: «Sí, pero no tiene el mismo ritmo».

¹³ Una muy buena síntesis del pensamiento de Paul Virilio se puede encontrar en «De la guerra eventual a la Cité probable» y en «Entrevista», ambos incluidos en *L'écran du desert*, y en el libro «*Cybermonde, la politique du pire*» (que es realmente una entrevista hecha a este autor). Ver las referencias en la bibliografía.

¹⁴ En los recientes juegos olímpicos adelantados en Beijing, las autoridades chinas establecieron un desfase temporal entre las pruebas atléticas y su transmisión de 30 segundos con el fin de poder manipular cualquier incidente inconveniente (políticamente, se entiende). Dato curioso adicional: muchos de los juegos pirotécnicos mostrados en la ceremonia de inauguración de estos mismos juegos habían sido grabados. Lo que vimos los teleespectadores fue una edición sabia y eficiente entre imágenes en directo e imágenes grabadas.

Bibliografía

Bachelard, Gaston. L'intuition de l'instant. Stock, Paris, 1992.

Borges, Jorge Luis. Otras inquisiciones. Emecé, Buenos Aires, 1960.

Cebrián Herreros, Mariano. Información audiovisual: concepto, técnica, expresión y aplicaciones. Editorial Síntesis, Madrid, 1985.

Cebrián Herreros, Mariano. Géneros informativos audiovisuales. Editorial Ciencia 3, Madrid, 1992.

Hedayat, Sadeq. La lechuza ciega. Siruela, Madrid, 2003.

Kunzmann, Peter, Franz-Peter Burkard, Franz Wiedmann. Atlas de la philosophie. La Pochòtheque, Paris, 1999.

Lamoure, Christophe. Petite philosophie de la télévision. Milan, Paris, 2006.

Neveu, Érik. Sociologie du journalisme. La découverte, Paris, 2004.

Virilio, Paul. Vitesse et politique. Galilée, Paris, 1977.

Virilio, Paul. L'écran du dessert. Galilée, Paris, 1991.

Virilio, Paul. L'art du moteur. Galilée, Paris, 1993
Virilio, Paul. La vitesse de libération. Galilée, Paris, 1995.

Virilio, Paul. Cybermonde, la politique du pire. Textuel, Paris, 1996.

Zuleta, Estanislao. «Acerca de la ideología» in Elogio de la dificultad y otros ensayos. Fundación Estanislao Zuleta, Cali, 1994.